

AYER Y HOY

AÑO X

TOLEDO, FEBRERO 1957

NUM. 58



HOMENAJE

en memoria de



GABRIELA MISTRAL

El pasado día 17 se celebró en el Paraninfo del Instituto de Enseñanza Media, de Toledo, el homenaje que, en memoria de Gabriela Mistral, rendía la Asociación de Artistas Toledanos "ESTILO", y por mediación de este Organismo, la Ciudad Imperial.

El adecuado marco del Paraninfo, recientemente restaurado y decorado fué, además, adornado para este acto con una serie de cuadros (óleos, acuarelas) y esculturas.

Eran los expositores y autores: Pilar Hurtado, Manuel Pintado, Alfonso Bacheti y Guerrero Malagón, en pintura.

De Guerrero Malagón era el boceto «Gabriela Mistral», que presidió el acto. Las esculturas eran debidas a F. Villamor, M. Cortés, Armando F. Fraile, S. Ludeña.

La sesión dió comienzo a las doce y media y fué presidida por las siguientes personalidades: Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación, D. Tomás Rodríguez Bolonio; Ministro Consejero de la Embajada de Chile, D. Luis Arteaga Barros; D. Juan Mujica; D. Carlos Sander, Agregado Cultural; Ilmo. Sr. Presidente de la Audiencia, D. Luis Veloso; Excmo. Sr. Alcalde-Presidente, D. José Conde Alonso; Ilmo. Sr. Director del Instituto de E. M., D. Julio San Román.

El Presidente de la Asociación "ESTILO", entidad organizadora del acto, D. José M.^a Gómez de Salazar, se encontraba acompañado por la totalidad de la Junta Directiva.

El paraninfo se encontraba repleto de público. De esta forma dió comienzo la sesión poética dedicada a la excimia figura de la recientemente fallecida Gabriela Mistral, «Premio Nobel».

Hizo la presentación y ofrenda el académico D. Clemente Palencia Flores, y a continuación intervinieron Luis Cornide, L. Serrano Vivar, Fernando Giles, Miguel Cortés, Gonzalo Payo, Sandalio de Castro, J. A. Villacañas, Clemente Palencia, Eduarda Moro, Leopoldo de Luis y Antonio Oliver.

La escritora y poeta Carmen Conde, venida de Madrid con el exclusivo fin de participar en este acto, pronunció las palabras que transcribimos en otro lugar de nuestra Revista.

La señora Lolita Monroy, recitó con emoción y cálido aliento las composiciones de Luis Cornide y Eduarda Moro.

Cerró el acto, que transcurrió entre constantes ovaciones, las palabras justas y sentidas de D. Carlos Sander, Agregado cultural de la Embajada de Chile, en Madrid, y las de agradecimiento a Toledo y a "ESTILO" de D. José Mujica: «Haré llegar a mi Gobierno —dijo el Sr. Mujica— el homenaje grande y sincero que hoy rinde esta gloriosa Ciudad y esta Asociación a mi Patria en la figura común a todos de Gabriela Mistral.»

GABRIELA MISTRAL

Por CARMEN CONDE

Hay quien dice que no le interesa conocer al autor de los libros que prefiere, porque la persona suele tener muy poco que ver con la obra. No discutiré esto, porque quizá las excepciones que conozco sean éso, singulares excepciones. Pero afirmaré que a mí sí me interesa siempre conocer al creador de cualquiera forma artística, pues descubro las relaciones íntimas con su obra. No es posible que un poeta verdadero, de indiscutible categoría, «no tenga que ver con su obra». Los dos se corresponden, si es que hay autor y hay persona; pues lo contrario es una extraña anomalía que raya en lo patológico. Consecuente con mi interés, conocí a los que más admiré, si vivos estaban cuando mi admiración tuvo razón de ser. Puedo gloriarme de haber sido amiga de aquellos artistas que más admiré e influyeron en mi formación; entre ellos ocupa lugar destacadísimo Gabriela Mistral. La conocí por sus versos, los primeros, precisamente leídos en una edición fraudulenta, española esta vez, que recogía los bellísimos dedicados a los niños; yo era muy joven entonces y al saber que la autora era maestra, decidí hacerme maestra también. Este título es el único que me acompaña, con el de poetisa, a lo largo de la vida; si bien nunca ejercí, oficialmente, ninguna de mis dos carreras. Tardé algunos años en publicar mi primer libro, que le remití inmediatamente, y que como ella misma dijo en el prólogo que generosamente puso a mi segundo libro de poemas en prosa, «JUBILOS», la siguió por medio mundo hasta encontrarla en la costa ligur. Volví a tardar otros pocos años en conocer personalmente a mi admirada chilena, y esto fué ya en 1934, en Madrid. Yo vivía en una provincia, la mía, y vine con mi marido a conocer a Gabriela a Madrid. Poco después nos instalamos en la capital de España y ya mi contacto amistoso con ella fué diario.

Pocas cosas más caras para mí que su amistad, pues Gabriela era una criatura de fácil acceso, pero de difícil continuidad; y no porque ella no fuera un ser sencillo, amable, tolerante, generosa, sino porque su extraordinaria personalidad exigía la del otro a su vez; y sólo cuando se encuentran los que saben perfectamente sus límites, es posible sostener la gran prueba del diario corresponder. Para mí Gabriela era una montaña a cuyo amparo se podía soñar tranquilamente; un gran río caudaloso en cuya corriente era posible dejarse llevar al infinito; una profunda selva por entre cuyos misterios apacentaba el ánima su afán de secretos. Cuando nos despedíamos en su casa, después de haber estado reunidos muchas horas, y ella salía a la puerta que daba a la escalera y me cogía la cabeza entre sus manos (yo le llegaba a la barba) para darme el beso de despedida, mi marido solía comentar: «Parece que te bendice el Padre Eterno». Tan pequeña, tan débil, tan hija suya aparecía yo al lado suyo. Y lo era, gozosa y entregadamente; era una hija suya («hermana», me decía ella tiernamente) espiritual, en la poesía, que nunca la olvidará.

En la poesía de Gabriela Mistral (que merece mucho tiempo y muy reposada atención), se aprecian varios climas; destaco el «maternal», que es el más conocido; el «descriptivo», y el fundamental a mi entender: «el de su profunda y arraída tristeza, el de su inenjugable angustia». La poetisa fué una mujer infortunada, humanamente hablando; elegida de los dioses, por lo tanto. Su amor de muchacha, su maternal predilección por un sobrino idolatrado (aquel hermoso YIN-YIN de los ojos verdes, como los de Gabriela), que murió trágicamente en Brasil; su propia salud, no muy buena por lo general, su tremenda insatisfacción, que la hizo viajera infatigable y permanente a través del océano entre América y Europa, fueron dolorosas cuestiones que se reflejaron en su poesía, en la que yo